



GRAAT On-Line issue #20 – November 2017

Masculinidades en *La doble vida de Jesús* de Enrique Serna

Víctor Saúl Villegas Martínez

Universidad Veracruzana

La obra de Enrique Serna (nacido en la ciudad de México en 1959) es muy controversial en cuanto a la representación de la masculinidad y la disidencia sexual se refiere. Desde sus primeros textos como *Señorita México* (1987) y *Uno soñaba que era Rey* (1989), hasta los últimos, entre los que se incluyen *Fruta verde* (2006) y *La sangre erguida* (2010), hay una obsesión por indagar en los vericuetos que construyen la masculinidad en el seno de la sociedad mexicana. Por tanto, se puede considerar a Serna como uno de los escritores que mejor ha tratado de descifrar las entrañas del dispositivo de género en México: sus novelas crean un panorama muy amplio, divertido y satírico de las relaciones entre lo femenino y lo masculino, la alta y la baja cultura, la cultura de masas y la cultura de élite, la doble moral y la exhibición de lo sórdido, así como entre la heteronormatividad y la disidencia sexual. Todos estos binomios son una constante en la obra del autor, y podría hablarse de una poética de la sátira que implica toda una serie de estrategias destinadas a mostrar, sin rodeos y con mucho humor, las máscaras que el mexicano adquiere frente a los otros.

En *La doble vida de Jesús* (2014), una de sus novelas más recientes, estas dicotomías nuevamente se presentan de una forma extraordinaria, ya que logra captar todas las paradojas que envuelven a la sociedad mexicana de nuestro tiempo. Así, la historia de la novela está ubicada en la ciudad de Cuernavaca, la cual es considerada por muchos como un reducto de paz y tranquilidad, donde el capitalino puede escapar del estrés. Sin embargo, poco queda ya de dicha tranquilidad en la novela de Serna: la Cuernavaca que muestra está al borde de la asfixia: controlada por una clase gobernante corrupta que no se cansa de saquear el erario y disputada

por los delincuentes que se dedican a explotar a la ciudadanía. En consecuencia, entre ambos grupos no hay mucha diferencia, porque lo que en apariencia es una dicotomía, no resulta más que una esfera en la que tanto gobernantes como delincuentes se dedican al mismo oficio: vivir impunemente del ciudadano.

Entre ambas esferas, la novela permite distinguir a un personaje singular, Jesús Pastrana, quien forma parte del gobierno municipal de la ciudad y tiene fuertes aspiraciones políticas. Pero de entre los dos bandos –el de los gobernantes corruptos y el de los delincuentes– decide optar por un tercero poco convencional: el del burócrata que hace bien su trabajo y, extrañamente, no participa de la corrupción. En consecuencia, Jesús Pastrana es un personaje verdaderamente excepcional: tiene anhelos políticos, incluso sueña un día con ser presidente de México, pero no con la finalidad de enriquecerse, sino con el objetivo de favorecer a la sociedad en general. Dichos sueños pueden verse con claridad en la siguiente cita:

[Jesús] Avizó un futuro glorioso en el que ya no tendría que lidiar con politicastos aldeanos. La alcaldía podía catapultarlo a la gubernatura, después al senado, y si en esos cargos se desempeñaba con acierto y honestidad, podía soñar, ¿por qué no?, con la silla del águila, convertida en silla del buitre por tantas décadas de rapiña presidencial. Desde Los Pinos emprendería una cruzada para extirpar los tumores cancerígenos del país, cada vez más extendidos en todos los estratos sociales. Su programa político, modesto en apariencia, en realidad era tan ambicioso que lindaba con lo temerario: crear un verdadero Estado de derecho, retroceder el reloj de la historia a 1913 y hacer la revolución legalista que el asesinato de Madero dejó trunca (Serna, 2014, 11-12).

A tal grado llega su poca malicia y honestidad que, entre sus compañeros de política, es apodado “el Sacristán”, mote que es más bien peyorativo, pero que en el entorno en donde se encuentra resulta más un halago por referirse a sus cualidades como buen gobernante. Desde este punto, el narrador muestra ya a un personaje poco convencional que se enfrentará a un universo doloroso y punzante que, a cada momento, le exigirá una cuota de dominación a cambio de mantenerlo con vida. Por estos motivos, tanto en el espacio de lo público como en el que corresponde a lo privado, Jesús deberá sortear con un dispositivo de poder que se extiende por amplios y complejos vericuetos.

La historia de la novela nos muestra también a un Jesús casado con Remedios, una mujer de clase alta con una moral estricta. Dicho matrimonio, desde la perspectiva de ambos personajes, no les proporciona ya mucha felicidad: para Remedios se trata de mantener, frente a los

otros, su imagen de esposa y madre ejemplar; para Jesús es una suerte de prisión de la que no puede escapar porque no sabe con exactitud qué es lo que desea. De este modo, Jesús se ve envuelto en el ámbito público por la corrupción y ambiciones de sus compañeros de trabajo, y en el ámbito privado por la necesidad de liberarse de la cárcel conyugal. Contra lo que pudiera pensarse, debido a que la voluntad de Jesús no es en ocasiones muy firme y su carácter un poco endeble, el protagonista logra liberarse, aunque se parcialmente, de las dos ataduras –la de la política corrupta y la del matrimonio insatisfactorio– para convertirse un auténtico héroe de sí mismo y de los que lo rodean:

Jesús ahogó en el vaso de whisky su impulso de estrangularla [a Remedios]. Nada los unía ya, salvo la prole compartida. Su divorcio se había consumado varios años atrás, aunque ninguno de los dos hubiera querido aceptarlo. [...] Político en desgracia y marido vilipendiado, justa recompensa por veinte años de sensatez, normalidad y decencia. La vida ordenada lo estaba matando de asfixia. Una bocanada de oxígeno, por favor. Al volante del Tsuru se tomó un trago a pico de botella. Necesitaba hacer algo imperdonable, romper a martillazos las tablas de la ley. Necesitaba una noche de libertad en el reino de Abraxas (Serna, 2014, 51-52).

Aquí es donde se pasa de la política a la parte correspondiente a la masculinidad, ya que una noche en la que Jesús está harto de sus dos prisiones, tal como podemos observar en la cita anterior, decide involucrarse con una chica transgénero que se dedica a prostituirse en la periferia de Cuernavaca. Y es en este momento en el que Serna, con toda su maestría narrativa, logra involucrar al lector en los problemas de género que, en un principio, atacan al personaje: se exhibe cómo la masculinidad de Jesús es una máscara que le permite subsistir en una sociedad obsesionada por un dispositivo de género hermético, estable y patriarcal.

Entonces, Jesús, harto ya de tanta prohibición con respecto a su sexualidad se refiere, quiebra las murallas que lo mantenían en el matrimonio estable tan deseado por su sociedad e inicia una relación con Leslie, la chica transgénero que se mencionó anteriormente. En dicho romance, Jesús halla por fin el amor y la pasión que tanto había deseado y que, con su esposa, no había logrado hasta ese momento; sin embargo, esta relación es, al mismo tiempo, una tempestad, ya que Leslie padece de una adicción a la cocaína, guarda todavía conflictos con sus anteriores parejas y, lo más grave del asunto, es la hermana gemela de Lauro, uno de los narcotraficantes

más importantes y peligrosos de la zona. Cabe acotar aquí que, indirectamente, Jesús se enamora y siente cierta atracción hacia Lauro a través de Leslie, ya que serán las dos caras de una misma moneda.

Así, el juego de máscaras es diseñado a la perfección por el narrador: por un lado tenemos a ese Jesús que, como el mismo título de la novela lo ha ya anunciado, tiene que llevar una doble vida. Y el de Leslie y Lauro que en apariencia poseen un cuerpo casi idéntico, pero que, en actitudes, deseos y trabajo son absolutamente diferentes, por lo que la dualidad se hace también presente en estos dos personajes.

En cuanto al binomio de la construcción de la masculinidad que aparece en el protagonista, Jesús, puede señalarse que es un fino acabado de la demostración de la performatividad que constituye el género. Jesús en un principio posiblemente ignoraba que, al igual que en la política, debía apostar por un juego que no permita ver todas las cartas al oponente. Y en el caso de su masculinidad ocurre lo mismo: no puede darse el lujo de que el resto de la sociedad, y especialmente sus contrincantes políticos, observen su disidencia sexual. La dicotomía elaborada sobre el personaje permite al lector reflexionar plenamente sobre los artilugios y redes simbólicas que el poder extiende sobre el individuo para controlarlos. Jesús sabe que debe mantener su masculinidad intacta, y mucho más su sexualidad; por tanto, aunque continúa con su romance con Leslie no se exhibe en la calle con ella y, por otro lado, cuando su esposa se entera de la infidelidad, no accede a contarle la verdadera situación y Remedios ignora que se trata de un travesti.

La performatividad, como se dijo, es muy utilizada por Serna en esta novela para delatar cómo está implícita en la construcción de la identidad de género. En el caso de *La doble vida de Jesús* ésta es expuesta mediante la elaboración de personajes que permiten observar la teatralidad de lo masculino o lo femenino según sea el caso. Jesús, por lo que el narrador deja ver, desde niño participó de una conducta poco “viril”, aunque siempre trató de mantenerse al margen de la disidencia sexual por el temor a ser rechazado. Todos estos deseos permanecieron ocultos durante años mediante el acto continuo y agotador de llevar una vida sometida a los designios de su sociedad. Construir esa imagen de padre benevolente y esposo trabajador le costó demasiado, y, paradójicamente, se vino abajo en un instante. Al respecto, David Córdoba menciona lo siguiente:

La identidad sexual por lo tanto no es la expresión o manifestación externa de un interior natural o esencial sino que la idea de la existencia de esa esencia interior es un efecto de una

identidad que no es otra cosa que su propia manifestación externa. El género es una puesta en escena detrás de la cual no hay un núcleo que le dé consistencia. Lo cual no implica la existencia de una intención o voluntad del sujeto que actúa un determinado género en su performance, ni la posibilidad de su subversión en términos voluntaristas. El sujeto es constituido en este proceso, no es anterior a él, con lo cual no puede situarse fuera del género para utilizarlo de forma intencional (Córdoba, 2005, 53).

En este sentido, puede verse cómo la identidad a la que apela Jesús es una construcción que lo sumerge en un camino tortuoso. Este personaje a cada momento tiene que cargar una serie de prohibiciones que le crean una vida poco afortunada en muchos sentidos. Así, aunque intenta liberarse de sus ataduras para disfrutar mejor de su existencia y llevar a cabo el proyecto político que imagina con pasión, no puede abstraerse del todo de ellas. Esa red simbólica que construye su identidad lo ha vuelto prisionero no de sí mismo, pero sí de la gran cantidad de lazos que lo unen con el poder en el terreno político, sexual y de identidad. Y es en este punto en el que la maestría de Serna se hace evidente: la performatividad es expuesta con el fin de construir un personaje complejo que debe usar a su favor la máscara identitaria para salir a flote en una sociedad sometida a duras reglas, que en muchas ocasiones se vuelven inalcanzables. En la sociedad de Jesús, que funciona a modo de alegoría de la colectividad mexicana, las normas son impuestas a cualquier precio, aunque en realidad su origen sea incierto. El momento de surgimiento del poder se desconoce entonces y se cae en la ambigüedad, pero su uso reiterado hace que tenga consistencia sólida: la repetición de la norma es la manera más elemental en la cual el género se fundamenta en los individuos para convertirlos en sujetos, tal como ocurre con Jesús Pastrana en esta novela, quien debe esconderse para evitar ser sancionado por el menoscabo de su masculinidad.

Si como se dijo que en el ámbito de la identidad la repetición de la norma daba solidez al poder, en el caso de la política también la reiteración de ciertas costumbres nocivas hacen que la corrupción, el abuso y el saqueo del erario sean comprendidas como acontecimientos ineludibles y difíciles de eliminar. Puede hacerse una analogía entre la identidad masculina de Jesús y el mundo político que lo rodea, ya que ambos hechos parten de la repetición; lo mismo ocurre con el narcotráfico que se ha apoderado de la ciudad en la que el protagonista habita, puesto que la costumbre convierte a los crímenes en un suceso cotidiano que la sociedad va acomodando hasta verlo como algo normal.

Ahora bien, en cuanto a la sexualidad se refiere, Jesús al parecer no gozaba del todo los encuentros eróticos que mantenía con Remedios, y es, en este caso, Leslie quien viene a cubrir todas sus insatisfacciones. Desde su primer encuentro sexual con Leslie, Jesús quedó obsesionado con ella. Además, Serna le agrega un toque bastante especial a este asunto, ya que desmantela por completo la relación entre lo supuestamente femenino y masculino; sin embargo, para explicar esta coyuntura, es necesario recordar aquí cómo construye la sociedad mexicana el dispositivo de la sexualidad con base en el sistema de deseo “mediterráneo”. Así, según dicho sistema, en México y buena parte de Hispanoamérica, la sociedad observa sólo como disidente a quien cumple, durante la relación sexual, el rol de pasivo. En cuanto a la representación de género se refiere, desde la perspectiva de este sistema de deseo, quien posee más actitudes cercanas al género contrario cae en un ámbito de desprestigio. Dieter Ingenschay señala sobre este asunto: “Los *gay studies* no se cansan de confirmar que el ‘sistema’ del deseo en vigor en América Latina acusa una diferencia central frente al ‘sistema’ norteamericano/europeo: mientras este último confirma una oposición binaria entre homo y heterosexualidad, la cultura latinoamericana dispone de otros ejes, en particular el eje activo vs. pasivo” (Ingenschay, 2006, 9). Por otro lado, es claro entonces que el sistema de deseo mediterráneo da mayor visibilidad y poder a quien ejerce el rol activo en una relación sexual, por lo que dicho sujeto estaría “encumbrando” su masculinidad, mientras que, quien ejerce como pasivo, queda sometido al escarnio y es considerado como inferior al violar el estatuto de lo masculino y recurrir a prácticas “femeninas”.

No obstante, la novela de Serna hace un juego complicado con el sistema de deseo mediterráneo, ya que Jesús conserva su apariencia masculina y trata de evitar, en la medida de lo posible, y debido a su imagen pública, el afeminamiento. Por otro lado, Leslie es quien opta por cambiar completamente su rol masculino y adquiere plenamente una representación femenina: transforma su nombre, su vestimenta, sus modales e, incluso, su cuerpo con la colocación de implantes en el pecho. Hasta aquí, podría decirse que la representación de los personajes coincide plenamente con el sistema de deseo mediterráneo; sin embargo, en el plano de la sexualidad no lo es por completo, ya que, alternadamente, tanto Leslie como Jesús intercambian los roles de activo y pasivo. Y precisamente en el momento en el que Jesús es penetrado por Leslie, es cuando de verdad él se siente más satisfecho, tal como se observa en la siguiente cita en la que los personajes transforman una pelea en un encuentro sexual:

[Jesús] Alzó la mano derecha con ánimo de golpear a Leslie, pero al ver en sus ojos el vapor sulfuroso de las pasiones malditas, obedeció a un impulso más fuerte y se echó en sus brazos, llorando de gratitud, con un frenesí que le perdonaba todo. Más ardiente aún, Leslie le mordió los labios, lo arrojó de un empujón al sofá, le bajó enérgicamente los pantalones, y sin darle tiempo de resistirse lo puso bocabajo para embestirlo con una erección de caballo. ¿Con que me querías correr, cabrón?, farfulló al penetrarlo. Me vas a respetar por la buena o por la mala. Era ella quien debía perdonar. Era ella quien mandaba de ahora en adelante. No, por favor no, alcanzó a implorar Jesús, avasallado por el ímpetu viril de Leslie, un ímpetu largamente reprimido que ahora volvía por sus fueros, triunfante, vengativo, soliviantado por tantos años de espera, y entraba a saco en su madura virginidad. Pasado el espasmo desgarrador, Jesús empezó a gozar la penetración, a colaborar con un tímido balanceo de caderas, escarmentado por las duras nalgadas de la machorra que abusaba canallescamente de su poder. La amaba y la odiaba, quería más candela pero su orgullo todavía daba patadas de ahogado (Serna, 2014, 245).

Esta cita es emblemática por el hecho de que quien ejerce el rol “activo” es Leslie, a quien, por antonomasia, correspondería el “pasivo” dada su representación femenina. El narrador juega brutalmente con estos roles para sacudir la esfera de la estabilidad de la correspondencia entre el género, el sexo y el deseo. Ambos personajes, Jesús y Leslie, apuestan por una identidad de género que presentan ante su sociedad, pero que no necesariamente viene a corresponder con su sexualidad. En este caso, la violación al régimen heteronormativo es mayor, puesto que los personajes violan doblemente la regla que el sistema impone y, a la vez, evidencian aún más el carácter performativo de todo el estatuto de género.

En el caso del binomio Leslie/Lauro, la construcción de la masculinidad es todavía más clara. Estos gemelos provienen de una familia humilde, en donde la figura del padre es recordada por ser ejemplo de honestidad y lucha contra los sindicatos corruptos del magisterio mexicano; sin embargo, los hijos optaron por un camino diferente al del padre. En el caso de Leslie, como ya se mencionó, decide transformar su imagen y adquiere una representación femenina paulatinamente. Con dicha imagen es con la que se siente cómodo el personaje y, además, le sirve también como forma de trabajo, ya que es muy llamativo para sus clientes sexuales el observarla de esa manera, tal como le ocurrió a Jesús. Justamente, cuando este personaje aparece en la novela, el narrador la describe del siguiente modo:

Más allá, recargada en un poste, ajena a la indigna mendicidad de sus compañeras, una mariposilla de menor edad, con grácil porte de bailarina, lo mira con una mezcla de altivez y

coquetería. Sabe que vale mucho y no se abalanza sobre los clientes. Aquel que de sus labios la miel quiera debe rendirle pleitesía con el debido respeto. Lleva un short de lentejuela dorada, medias de red, tacones blancos de plataforma y una ombliguera negra con tirantes. Fuma con un garbo de mujer fatal y sin embargo, todavía parece vulnerable a las emociones. El contraste entre sus labios gruesos, un poco amulatados, y la infantil coquetería de su barba partida le da un aire de inocencia provocadora. El dulce veneno de su mirada, su voluptuosa languidez de cisne, incitan a protegerla, y al mismo tiempo a domarla con látigo (Serna, 2014, 58).

La representación de Leslie es paradigmática porque afirma la manera en la que el género se construye. Su imagen frente a los otros está determinada por una elección que evidencia la performatividad del dispositivo del poder, aunque si bien esta performatividad tiende a ser dicotómica, no cabe duda de que la elección de Leslie exhibe el andamiaje cultural elaborado detrás de las consignas del “ser hombre” o “ser mujer”. Sin embargo, en el seno de la sociedad mexicana, esta decisión que Leslie ha tomado implica una severa sanción a la heteronormatividad y el patriarcado; en consecuencia, cualquier violación de este régimen debe ser castigada, ya sea mediante maltrato físico, laboral, psicológico, sanitario o académico. Así, podría decirse que por cada lentejuela dorada que Leslie coloca en su atuendo, se multiplica una sanción originada en la concepción hermética del género de la colectividad que le rodea. Al respecto, Ricardo Llamas menciona:

El régimen de la sexualidad que se establece en Occidente está determinado por discursos y prácticas que emanan de instancias de poder, o que las hacen emerger como tales, unas sociedades y en momento histórico determinados. El régimen de la sexualidad se basa en una abstracción; en la constitución de un modelo también (sólo) aparentemente coherente de afecto y placer, de convivencia y deseo, de socialización e integración. Un modelo establecido a partir de una evidente multiplicidad de manifestaciones irreductibles a un principio único. Tal régimen determina indirectamente las prácticas y su significado a través de sus implicaciones. En todo caso, las cataloga como frustración o satisfacción, desviación o coherencia. Más que la existencia de diferentes formas de afecto y placer, el régimen de la sexualidad determina su visibilidad, su recurrencia, sus manifestaciones, su significado y lo que de todo ello se deriva (Llamas, 1998, 11).

Por otro lado, en el caso de Lauro, la construcción de la identidad de género es diferente. El personaje atraviesa por una crisis de valores que le hace oponerse a la visión del padre. Lejos de considerar a su progenitor como un ejemplo, lo observa como una persona que desgastó su

tiempo una lucha sin futuro y que mantuvo a su familia en la pobreza. Esto hace que Lauro opte por un camino totalmente opuesto: el de la delincuencia organizada. Y una vez que obtiene un lugar preponderante en ella, transforma también su imagen, sólo que diferencia de Leslie, Lauro se convierte en un sujeto que exagera las características de la masculinidad con el fin de obtener el poder y la dominación de los otros. Incluso, cuando se entrevista con Jesús afirma lo siguiente: “Mi trabajo es cosa de hombres”. Y cuando habla sobre su hermano dice algo similar: “Corrí a Nazario (nombre de pila de Leslie) a patadas y desde entonces no he vuelto a verlo [...] En esta chamba uno tiene que tratar con gente brava, maleada, pendenciera y con un hermano así no podía perder mi autoridad” (Serna, 2015, 165). Es evidente que Lauro apela al sistema de deseo mediterráneo cuando señala el afeminamiento de Leslie, ya que un capo como él no puede permitirse “debilidades”. Como es bien sabido, en la sociedad mexicana en particular e hispanoamericana en general, la representación excesiva de la masculinidad implica un símbolo de poder; por el contrario, el afeminamiento es, como ya se mencionó, duramente castigado con burlas, sátiras y, con frecuencia, también con maltratos físicos o la muerte.

Sin embargo, Leslie, no por poseer una imagen femenina, adquiere una identidad sumisa. Al contrario, aprende del contacto con su hermano ciertas técnicas de defensa y, cuando es necesario, las pone en práctica. Es curioso observar cómo Leslie libera a Jesús de uno de sus ex guardaespaldas mediante el homicidio:

Hace un mes llegaste aquí muy agitado porque tu ex guarura te estaba chantajeando. Cuando trabajaba con mi carnal aprendí algo de estas cosas, y supe que sólo había una manera de cerrarle la boca [...] Sí, bebé, yo enfrié a esa rata y a mucha honra [...] Le dije que llevaba de tu parte el dinero que te pidió. Como no soy una gatillera profesional, antes de ir a la cita me tuve que polvear la nariz, para agarrar valor. Así que ya lo sabes, seré puta y drogadicta, pero salvé tu campaña y tuve la delicadeza de no venderte el favor (Serna, 2014, 244).

De esta manera, Leslie no adquiere para nada una actitud inerte ante los problemas, sino que los enfrenta y trata de solucionarlos con las mismas herramientas que utiliza su hermano Lauro. Por eso se dijo al inicio de este análisis que Leslie y Lauro eran las dos caras de una misma moneda, ya que no sólo poseen un cuerpo casi idéntico por ser gemelos, sino que también tienen un sentido de la realidad muy similar y práctico. Igualmente, en el caso de la construcción de su identidad de género, ambos la llevan a lugares hiperbólicos con el fin de evidenciarse con una coraza ante los demás.

La performatividad inscrita detrás de la masculinidad queda bien clara entonces con la construcción de la identidad de los tres personajes principales: Jesús, Leslie y Lauro. Cada uno de ellos, a su manera, sufre porque la sociedad les ha pedido que se identifiquen en cuanto a la categoría de “hombre” y, a su vez, han tenido que jugar con dicha representación para poder lidiar con sus necesidades sexuales, de poder y de visibilidad. Para sintetizar este aspecto, podría decirse que Jesús trata de garantizar una imagen masculina frente a los otros, usando tácticas que no evidencien su relación con Leslie ni su disidencia sexual; en el caso de Leslie esta es todavía más evidente con el cambio de la representación masculina por la femenina y una sexualidad heterodoxa también; por último, Lauro es quien, de manera similar a Jesús, lleva al límite la representación del machismo para empoderarse frente a sus subalternos y ganarse el respeto y el poder a punta de balazos y de una imagen dominante. Sobre este tema, Saúl Gutiérrez Lozano acota:

Robert Connell (1995) ideó el término *masculinidad hegemónica* para aludir a la existencia de un arreglo social vigente, que es en sí mismo un punto de referencia para organizar la vida de los hombres y las relaciones de estos con las mujeres. Este modelo de masculinidad hegemónica puede describirse, *grosso modo*, de la siguiente manera: 1) en la medida en que los sentimientos y afectos son parte constitutiva del mundo de las mujeres, los hombres, para confirmarse como tales, deben guardarse de expresar cualquier sentimiento; 2) ejercer la autoridad sobre las mujeres y los niños (y sobre otros hombres) es una prerrogativa de los hombres; 3) los hombres deben desempeñar trabajos asalariados y públicamente reconocidos, y 4) ser hombre significa no ser mujer. Los hombres tiene que cuidarse de comportarse de forma opuesta las mujeres. Está, por ejemplo, permitido hacer visible –siempre que se pueda– actos física y verbalmente violentos, aludiendo, entre otras cosas, a una potencia sexo-erótica, compulsiva e inagotable (Gutiérrez, 2007, 76).

La masculinidad debe ejercerse siempre desde la dominación, nunca desde la subordinación. Así, en el caso de Lauro destaca el hecho de controlar magníficamente a sus subalternos y de dar lecciones severas a quienes no se someten a él, como es el caso de la misma Leslie cuando ocupa la ropa de Lauro y los ademanes de esta para seducir a uno de los subalternos de su hermano. En este punto, la sanción que Lauro efectúa, tanto sobre su hermana Leslie como sobre su subalterno, es muy dura y trata de enfatizar su pleno dominio. Igualmente, es interesante observar que en el caso de Jesús y Leslie ambos desempeñan un trabajo definido por su visibilidad. Recuérdese aquí cómo Jesús vive en un efervescente escenario político que le exige

mostrar su rostro más viril; en cambio, Leslie permanece en el anonimato: en un principio ejerce la prostitución en un ámbito sórdido y oscuro, y posteriormente, cuando Jesús decide vivir con ella, Leslie debe permanecer en su casa y no ser vista en público. En consecuencia, se cumple cabalmente la oposición entre lo público y lo privado siguiendo de cerca las pautas que dictan el comportamiento masculino/femenino.

Ahora bien, en cuanto al tema del poder que ya se ha esbozado un poco en este análisis, es preciso mencionar que los personajes de Jesús y Lauro son quienes más juegan con la dinámica entre la masculinidad y la obtención de prestigio frente a los otros, ya que Leslie no apuesta por este camino y sabe, de antemano, que su representación femenina le traerá inconvenientes pero aún así decide portarla. Es muy interesante observar cómo, durante un mitin en el que participa Jesús durante su campaña para obtener la alcaldía de Cuernavaca, Leslie decide subir al escenario y dirigirse al público con el fin de hacer alarde de la idoneidad de Jesús para el cargo; sin embargo, la mayor parte de la gente la rechaza por su misma disidencia, a pesar de formar parte de una supuesta “izquierda” política. En consecuencia, Leslie no cabe ni dentro de la representación de una moral adecuada enarbolada por el conservadurismo ni en la izquierda liberal que encabeza Jesús. Sobre este tema, Guillermo Núñez Noriega dice:

Las relaciones sociales de poder no sólo adquieren expresiones obvias, físicas o verbales, de control, dominio, autoridad, superioridad de unos sobre otros, limitando, condicionando, influyendo o inhibiendo sus acciones, como cuando el policía mete en prisión al ladrón, o cuando el esposo ordena a gritos a su esposa no salir a la calle en minifalda. Las relaciones de poder suelen expresarse también en formas más sutiles, menos explícitas y físicas, mediante la definición/representación de la realidad, de lo que creemos posible e imposible, deseable o indeseable, malo o bueno, hermoso o feo, normal o anormal, natural o antinatural, sano o insano, etcétera. Esto es, somos partícipes en relaciones de poder, cuando en virtud de determinadas representaciones (conceptos, valoraciones) que existen sobre la realidad o aspectos de ella, se limitan, condiciona, inhiben, o influyen las acciones o posibilidades de actuar (Núñez, 2015, 29-30).

El poder entonces va más de la mano con las figuras de Jesús y Lauro como se mencionó. Jesús sabe que para poder obtener la alcaldía no debe mostrarse afeminado ni, mucho menos, exhibir su relación con Leslie, así que lleva a cabo todas las provisiones necesarias para evitar el escándalo. Lo único que entorpece su campaña política es el divorcio de Remedios, pero no es del todo grave, ya que su heterosexualidad se encuentra a buen resguardo. El poder va entonces

con la exhibición clara y contundente de la masculinidad, lo cual coincide a cabalidad con los prototipos planteados en el sistema de deseo mediterráneo. Sin embargo, este poder, que debe coincidir con el “grado de masculinidad”, está implicado en actos mucho más simples que no necesariamente son fáciles de observar. En la novela, las manifestaciones de este poder están dadas principalmente en los pensamientos de Jesús. Cabe recordar aquí que el narrador está focalizado siempre en este protagonista, por tanto hace una intromisión en su psicología, de tal suerte que el lector puede constatar cómo las relaciones del poder quedan marcadas también en los deseos y la forma de concebir el mundo por parte de Jesús. Así, la dualidad que el personaje experimenta a lo largo de la novela no es gratuita: por un lado desea ser “libre” y vivir su sexualidad plenamente, por otro guarda recelo frente a sus deseos y siempre está dubitativo sobre si lo que está haciendo resulta bueno o malo desde la perspectiva moral que este personaje posee. Y aquí es donde resulta interesante cómo el narrador justifica esta ambivalencia con la infancia de Jesús, en la cual este aprendió un código de conducta inamovible que le enseñó cómo debería vivir su existencia con base en sus genitales, que apelan a una supuesta indisoluble relación con lo masculino. Por este motivo, si bien desde el principio Jesús estuvo inclinado hacia un deseo homoerótico, no lo asume por la sanción que sobre él recaería, sanción que podía ser interior o exterior. El poder entonces va de la mano con la repartición del prestigio en el binomio masculino/femenino y es un imperativo para constituir al sujeto, quien acepta dichas normas con el fin de lograr, en frecuentes ocasiones, un dominio de los otros y la supervivencia.

Uno de los acontecimientos de la historia de la novela que más exhiben este supuesto valor y dominio de demás que supuestamente debe poseer Jesús, es cuando encabeza un mitin político y llega el ejército a disuadirlo y a pedir que entreguen las armas que portan quienes lo acompañan. El ejército trae tanques y, obviamente, está mucho mejor armado que los partidarios de Jesús; sin embargo, este no se amedrenta y muestra su cara de mayor fortaleza frente al coronel Sahagún, quien dirige a la escuadra militar. Después de un par de diálogos en los que ambos personajes no logran ponerse de acuerdo, el coronel hace alarde de su poder al hacer avanzar varios tanques sobre la gente de Jesús, pero este, al ver dicho ataque, decide colocarse justo frente al primer vehículo y atajarle el camino:

La movilización desató un murmullo de asombro y temor entre la gente congregada en la plaza. Jesús se plantó delante del tanque más avanzado y lo obligó a detenerse con el brazo extendido y la mano abierta. [...] Jesús se abrió los botones de la camisa, ofreciendo el pecho

a las balas, al estilo del emperador Maximiliano frente al pelotón de fusilamiento. Tenía un miedo atroz y sin embargo, la adrenalina que derramaba a chorros lo inducía a la temeridad. Miró fijamente al operario del tanque, tratando de hipnotizarlo. El principio de obediencia contra la dignidad ciudadana. [...] El tanque avanzó medio metro más, ya le rozaba casi la punta de los zapatos. La muchedumbre que se había acercado a la estatua de Morelos contemplaba expectante el duelo psicológico entre Jesús y el convulso coronel Sahagún, que sudaba gruesas gotas de petróleo. En espera de una orden, el operario del tanque miraba con insistencia a su jefe. De pronto, el coronel recibió una llamada por radio, se puso lívido, y repitió varias veces la frase “sí, general”, torciendo la boca de manera más pronunciada. Al cortar la comunicación hizo una rabieta que le descompuso la máscara de obsidiana, soltó un gargajo y ordenó la retirada. Cuando los tanques se dieron media vuelta y comenzaron a regresar en fila india por la avenida Juárez, los brigadistas alzaron en hombros a Jesús. ¡Esos son huevos, licenciado! ¡Se la pelaron a los sardos! ¡El pueblo manda en Cuernavaca! ¡Viva Jesús Pastrana, jijos de su pelona! (Serna, 2014, 283-284).

La fuerte contienda entre Jesús y el coronel exhibe aún más ese alarde de poder que cada uno, a su manera, pretende realizar. Así, esta memorable escena de la novela es un retrato de lo que ocurre a cada momento en la historia de la misma: los personajes corruptos tratan de infundir miedo en los demás para obtener el dominio mediante crímenes, y Jesús, con una visión más humana y pacífica, obtiene el control con métodos más amigables. En consecuencia, el hecho de quedarse parado frente al tanque mientras este avanza, y aun con la consigna de que en cualquier momento el vehículo pudiera pasar sobre él, representa un triunfo anticipado de las formas de hacer política por parte de Jesús Pastrana, triunfo que se verá ratificado casi al final de la novela cuando resulte ganador de las elecciones.

En el caso de Lauro, el artilugio de la masculinidad exacerbada va por el mismo rumbo que el de Jesús. Como se dijo, Lauro debe mostrar una coraza demasiado fuerte para lograr mantenerse al frente de la delincuencia organizada y garantizar su lugar como jefe en ella. Aquí cabe recordar la manera en la que Lauro aparece en la novela y cómo lo observa Jesús cuando el primero desciende de un helicóptero:

Bajaron del helicóptero tres hombres que se agacharon al pasar debajo de las aspas. Dos de ellos llevaban metralletas colgadas en bandolera. El desarmado ha de ser el jefe, pensó Jesús, camina pisando fuerte y desde lejos se nota su arrogancia de águila real. [...] Llevaba una cuera tamaulipeca, playera de jugador de polo y una gorra de beisbolista. Desde lejos refulgían esclavas de oro. Cuando lo tuvo a veinte metros, Jesús reconoció al doble de Leslie, en

versión tosca y vaquera. Sólo se diferenciaba de ella por sus pobladas cejas, y por tener una leve desviación en el tabique nasal, tal vez a consecuencia de una riña. Estaba guapo el condenado (Serna, 2014, 162-163).

Es claro que Jesús reconoce en la figura de Lauro una imagen absolutamente viril y opuesta por completo a la de Leslie. Además, el lector advierte en esta representación el clásico estereotipo del narcotraficante: un hombre de aspecto duro, rodeado por guardaespaldas, haciendo alarde de su riqueza y con una mezcla de ropa de diseñador con ropa vaquera. El empoderamiento frente a los demás es lo que más se destaca en esta imagen, ya que no puede aparecer solo, sino rodeado de sus subalternos quienes lo siguen de manera ciega y obedecen todas sus órdenes. Igualmente, Lauro en ningún momento trata de ser flexible, por el contrario antepone siempre sus planes a los de los otros; y aquí es donde estriba una gran diferencia con Jesús, ya que este es más solidario y trata de velar por el bien de su sociedad. Estas dos formas de la masculinidad, aunque contrapuestas en algunos aspectos, tienen una misma orientación: el dominio y control del entorno. Claro está que los fines y medios son diferentes en los personajes; sin embargo, la manera en la que esta telaraña de poder está inscrita en cada uno de ellos es muy similar. Una de las formas de este dominio queda anotada plenamente casi al final de la novela, cuando Lauro tiene secuestrado a Jesús y alardea de que lo asesinará disolviéndolo en una tina con ácido hirviente.

La manera en la que las tres identidades se ven mezcladas y hacen una alegoría de la masculinidad y, en general, de los roles de género en la sociedad mexicana, aparece justo al final del texto: Lauro, para mantenerse en el poder y evitar ser perseguido, decide fingir su muerte y asesina a Leslie, quien debido a su parecido bien puede funcionar como su cadáver. De esta manera, el momento en el que Jesús decide verificar si de verdad el cuerpo de Lauro es el de Leslie se convierte en una de las escenas más aterradoras y, a la vez, emotivas de la novela:

En la espaciosa cripta, con capacidad para albergar hasta diez difuntos, reposaban dos ataúdes: uno gris perla lleno de polvo, otro flamante y nuevo de color azul metálico. Titubeó un momento antes de consumir la profanación ¿De verdad quería ver los despojos tasajeados de Leslie? ¿Podría luego borrar esa horrenda imagen de su memoria? Pero los sentimentalismos estaban de sobra: había venido a fotografiar el cadáver para que los autores del crimen no quedaran impunes. En un arranque de valor alzó la tapa del ataúd. El rostro azul, ya un poco apergaminado y el corte de pelo castrense, buscaban dar una fraudulenta impresión de virilidad, pero la íntima esencia de Leslie no se podía tapar con un dedo. El embalsamado

había querido pergeñar un soldadito de plomo y le había salido un muñeco de azúcar. Como postrer baldón, la habían enterrado de traje y corbata. Indignado por ese denigrante feminicida, un ultraje más cruel que la muerte física, le abrió con rudeza el saco y la camisa, rompiendo varios botones. Ahí estaba la prueba de la suplantación: los puntos de sutura en los pectorales que delataban el retiro de los implantes. Sin aliento, loco de estupor, soltó un borbotón de llanto, la cabeza reclinada en el pecho amado (Serna, 2014, 336-337).

Esta escena se puede leer como una alegoría de un dispositivo de género hermético que trata de acabar con cualquier tipo de disidencia, ya que Lauro asesina a su propia hermana Leslie con el fin de obtener una ventaja sobre sus adversarios. Posterior a este hecho, también trata de matar a Jesús para evitar mayores complicaciones al respecto. El triángulo formado por los tres personajes se ve roto entonces cuando uno de ellos decide ejecutar a los otros dos para mantenerse con vida y obtener cierto poder. Claro está que en este caso la muerte de Leslie y la posible muerte de Jesús (ya que la novela tiene un final abierto sobre este personaje) no es cometida a causa de un desprecio hacia la disidencia sexual y de género, sino por un simple ardid de la delincuencia organizada; no obstante, es posible señalar que puede leerse también como una manera de la dominación de la heteronormatividad, el patriarcado y la masculinidad en la sociedad mexicana. En este caso, Leslie es la representación de todo lo negativo, al igual que su hermano Lauro, pero este último aún puede tener ciertas ventajas en cuanto a la exacerbación de su masculinidad. También Jesús se vería afectado por el rechazo por parte del dispositivo de género hegemónico al tratar de ser ejecutado por Lauro, quien en ese momento adquirirá las características de un verdugo defensor de la masculinidad, la corrupción y la violencia.

A manera de conclusión, puede afirmarse que *La doble vida de Jesús* es una novela coyuntural en la literatura mexicana de los últimos años, ya que representa una síntesis entre los géneros de la novela negra, la novela gay y el surgimiento de la teoría queer. Y es en estos dos últimos rasgos en los que el texto se transforma en un auténtico escenario que muestra la teatralidad expuesta detrás del sistema de género, la política y el poder en México. Dicha teatralidad es el recurso del que se sirve Serna para construir sus personajes y dejarlos desprovistos de cualquier atadura que pudiera anclarlos a una caracterización de género estable. Y es en este punto en el que la performatividad ingresa en la novela al exhibirse sin pudor los mecanismos mediante los cuales el poder se manifiesta en los individuos a través de lo masculino o lo femenino. El título de *La doble vida de Jesús* no es para nada gratuito, ya que sirve de guiño al

lector para advertir la configuración de un personaje dual que tiene que concebir su masculinidad y sexualidad en dos sentidos y espacios: el público y el privado. A la vez, esa connotación de la doble vida sirve para entender uno de los propósitos de la novela de Serna que consiste en la misma idea de que los seres humanos nos concebimos en una frontera que crea dicotomías que habitamos para resguardarnos de los demás, binomios que nos resultan lacerantes, pero a los que somos impulsados como por una fuerza de inercia que nos impide mostrarnos como lo que de verdad somos. Jesús se convierte así en un personaje emblemático, ya que trata de liberarse de su coraza heterosexual y masculina, aunque no puede; sin embargo decide apostar por un juego que le permita subsistir tanto frente en el terreno social y político como en el privado, en el que puede dar cabida a sus pasiones más escondidas.

BIBLIOGRAFÍA

- Butler, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós, 2001.
- . *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra, 2001.
- . *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Córdoba, David. "Teoría queer: reflexiones sobre sexo, sexualidad e identidad. Hacia una politización de la sexualidad", *Teoría querer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: Egales, 2005, pp, 21-66.
- Gutiérrez Lozano, Saúl. "La construcción cultural de la sexualidad masculina: un análisis discursivo", *Perfiles de la masculinidad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2007, pp.75-114.
- Ingenschay, Dieter. *Desde aceras opuestas. Literatura/cultura gay y lesbiana en Latinoamérica*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2006.
- Llamas, Ricardo. *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a "la homosexualidad"*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1998.
- Núñez Noriega, Guillermo. *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de Sonora, 2015.
- Serna, Enrique. *La doble vida de Jesús*. México: Alfaguara, 2014.